

héroes, me dejé ir más tarde por el susodicho declive, y he puesto en otras narraciones media docena de suicidios y muchas muertes violentas, unas por hierro y fuego, y otras por desesperada y honda tristeza que rompe los corazones. Mi censura, pues, es para todos, y yo me incluyo en ella. Casi no es censura; apenas es amonestación; es la mera manifestación del deseo de que mostrémos más serenidad, más alegría, más confianza en el plan divino, y consoladoras y grandes esperanzas en el supremo desenlace y término de todos los casos.

*Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.*

Áspero y penoso es el camino que llevamos, pero no depende de la voluntad del hombre el seguir más llano camino, y es, además, peligroso atrevimiento echar por cualquier atajo. Sigamos, pues, por donde hemos ido siempre, sin murmurar en demasía de las fatigas y trabajos de la peregrinación, y esperando que, aun sin salir de nuestra morada terrestre, hemos de hallar al cabo toda la bienandanza compatible con nuestra condición limitada.

De todos modos, y sin encumbrarnos á tan altas filosofías, yo lamento que el Sr. Ortega Munilla haya gastado los colores de su paleta, su afinada perspicacia de observación y su raro talento descriptivo, en pintarnos, en *Panza al trote*, no una

regocijada fiesta campestre, sino una horrible *danza macabra*: la pintura tristísima de los vicios, de las miserias y de cuantos males morales y físicos afligen al hombre que vive en el fondo cenagoso de la sociedad, tal como está hoy constituida. Es cierto que, en medio de aquel lodazal, crece, brilla y exhala su aroma una flor espiritual, bella y pura: el alma de Clara. Pero ¿cuánto no nos desazona el que la pobre Clara, poseedora de tan preciosa alma, sea tuerta y fea y enfermiza y ande tan zarrapastrosa siempre? Y ¿cuánto más no nos apesadumbra ver que su abnegación, su amor delicado y purísimo, y otros tesoros de bondad que guarda ella en su seno, se empleen ó se malgasten en obsequio y favor de tan ingrato pelafustán y de tan desalmado tunante como es, sin duda, Alonso Ponzano?

En la novela, por otro lado interesantísima, cuyo título es *Cleopatra Pérez*, la vida, costumbres y carácter de las cortesanas de ahora están magistralmente retratados y cifrados en la protagonista Cleopatra y en su amiga Virginia, y hay otros personajes con no menos verdad y tino tomados del natural, como, v. gr., Leticia, la tía avarienta, Celestina flamante y amplificación hábil de aquella otra tía que nos muestra en cifra Quevedo, llamándola

Aguila imperial  
que asida de los escudos  
en todas partes está.

Pero en *Cleopatra Pérez* la perversidad de algunos personajes traspasa los límites de lo cómico, aflige siempre, y casi nunca mueve á risa. En esta novela hay, á no dudarlo, una severa lección moral, como Moratín y otros críticos y preceptistas quieren que haya en los dramas y en los demás libros de pasatiempo. Ni Virginia ni Cleopatra aparecen amables ni dignas de piedad, de simpatía, de respeto y hasta de admiración como la *Dama de las Camelias*, pongamos por caso. En la novela de que voy hablando, el autor va, á mí ver, más allá de lo justo y de lo conveniente en pintar á Cleopatra perversa. Mal se justifica que envíe á la Inclusa á su hijo, pudiendo tener la razonable esperanza de que el Duque le reconozca por suyo. Apenas, con todo, puede tildarse esto de inverosímil. Las mujeres de cierta clase, y aun toda clase de mujeres, son á veces poco razonables y muy caprichosas.

Lo que yo no apruebo en *Cleopatra Pérez* es que su lectura, en vez de ensanchar el corazón, le deprime. El personaje principal de la novela no es Cleopatra, sino Valentín, su hijo. Y éste, bueno en el fondo, educado cristiana y honradamente, cae, arrastrado por impulso irresistible, que nos parece fatal, en tal cúmulo de pecados y de vergonzosas acciones, que, lleno de horror y de odio contra su propia vida, acaba por darse la muerte.

Mitiga siempre la dureza y negrura de los cuadros que en sus novelas nos presenta el Sr. Ortega Munilla, la fervorosa caridad de su alma que involuntariamente y sin declaración aparece en todo, y el vivo deseo con que busca remedio á los males y defectos de la sociedad humana, y sueña y procura la solución de los temerosos problemas planteados por el pensamiento filantrópico.

En sus cuentos, breves narraciones ó novelitas cortas, suele mostrar nuestro autor muy fértil inventiva, más alegre y desenfadado humor que en las novelas largas, y la misma propensión caritativa, moral y reformadora. *El Yegüerizo*, por ejemplo, le da ocasión para discurrir discretamente y con piadoso afecto sobre el descuido con que mira la sociedad la triste condición de los niños pobres, víctimas á menudo del abandono, de la miseria ó de la codicia de sus padres. En *Fifina*, por el contrario, condena con gracia la perversa educación que en el seno de la opulencia suele darse á las niñas, despojándolas de corazón y de entendimiento, y convirtiéndolas en maniquí para ostentar galas y colgar dijes. Y, por último, en *El espejuelo de la gloria* nos pinta con ingenio, agudeza de observación y notable arte para ser conciso y claro, las funestas consecuencias que puede tener la alucinación de prestar extraordinarias aptitudes artísticas ó literarias á niños ó á jóvenes que de ellas

carecen, y á quienes engañan, extravían y pierden el ciego cariño de los padres y próximos deudos, y la cortesía ó la adulación de los extraños.

De la vena abundantísima que tiene nuestro nuevo académico para dichas breves narraciones, han salido otras muchas, de las que me sería difícil dar cuenta aquí sin exponerme á fatigaros.

Terminaré, pues, citando sólo otros cuentos que el amor de la patria, muy ardiente en el alma del Sr. Ortega Munilla, inspira, anima y hermosea. En estos cuentos además noto yo una combinación dichosa de dos afectos, en cierto modo contrarios, que procuran ponerse en armonía, aumentando así la belleza del cuadro y poniendo en él más pura significación moral y más alto sentido. Sobre el furor y el odio contra la dominación extranjera y contra los franceses invasores, que aparecen con rasgos tan enérgicos en *El intruso de caza*, y sobre todo en *El Padre Siset*, donde contemplamos los horrores del sitio de Gerona, se ponen, suavizando el conjunto la piedad humana, los sentimientos de fraternidad y el amor á nuestro linaje, sin exclusiva distinción de tribus, lenguas y razas.

Lástima es, en suma, que el Sr. Ortega Munilla, hartado afanado ahora con tareas políticas, no cultive con mayor asiduidad el cuento y la novela, para los que posee tan raras y felices dotes.

Su capacidad para la crítica literaria, que ya he

celebrado, se muestra más aún en el discreto y bien razonado discurso que acabáis de oír, donde el egregio poeta D. Ramón de Campoamor, que fué nuestro excelente compañero, es alabado y estimado con tanto tino y habilidad como justicia. ¿Qué podré yo añadir aquí para complemento y corona de tan bien concertadas alabanzas?

No se puede negar que hay en los versos de Campoamor un singular y pasmoso atractivo, por cuya virtud es el más popular de nuestros poetas desde hace más de cincuenta años, del que se guardan en la memoria más composiciones, y del que recitan con entusiasmo largos trozos las mujeres de toda clase,

Desde la Princesa altiva  
á la que pesca en ruín barca.

El Sr. Ortega Munilla ha explicado bien esta inmensa popularidad, esta predilección de que goza el poeta sobre todos los otros poetas sus contemporáneos; pero lo ha explicado, permítaseme que me atreva á decirlo, con una muy hábil crítica de lo exotérico, y sin penetrar en cierto misterioso exoterismo que debe de haber en las composiciones poéticas del vate asturiano, informándolas y dotándolas de invencible hechizo. El Sr. Ortega Munilla apenas toca este punto, sobrado obscuro y hondo para que se llegue hasta él sin preparación y sin in-

trincados estudios que ni en cifra caben en un breve discurso, requiriendo un grueso volumen para poder exponerlos, dados la capacidad conveniente y el vagar y el reposo que exigen.

No seré yo tampoco quien trate aquí de esto, completando lo que en el discurso del nuevo académico apenas se indica, ya que no se eche de menos.

Cuenta el bueno de Plutarco que Aristóteles puso en ciertos libros suyos, quizá en los de metafísica, algo de aquellas enseñanzas que llamaban *acromáticas* ó *epópticas*, y de las que solo debían enterarse los iniciados. Y añade que cuando lo supo Alejandro, que había ya volcado en el polvo el trono de Darío, vengado á los griegos muertos en las Termópilas, en Maratón y en Salamina, y conquistado el más grande Imperio del mundo, se enojó muchísimo y escribió á su maestro, no sabemos si desde Babilonia ó desde Persépolis, una carta reprendiéndole por su imprudente carencia de sigilo, pues no está bien que el vulgo entienda de cosas que traen mucho peligro, sin la madurez de juicio que para entenderlas se requiere. Dice, además, Plutarco que el maestro, á fin de disculparse, contestó al hijo de Filipo que nada había revelado, porque aludía siempre á la doctrina misteriosa, sin llegar á exponerla con toda claridad para el vulgo, aunque clarísimamente para los ya iluminados y apercebidos.

Suficientes razones son las antedichas para justi-

ficar que yo también me retraiga y me inhiba de tratar aquí de la metafísica de Campoamor. No faltaría Alejandro, proporcionado á mi pequeñez, que me reprendiese con aspereza si hiciera yo lo contrario. La extensión, además, que tendría que tomar este discurso sería tan enorme, que aburriría ferrozmente á mi auditorio, lo que Dios no permita. Limitémonos, pues, á declarar aquí, sin exponerla y juzgarla metódicamente, que Campoamor tiene una metafísica, una filosofía fundamental y primera, encerrada en libros cuyos títulos son *Lo absoluto*, *El personalismo* y *El ideísmo*; y esta filosofía no solo sirve de base á su moral, á sus ideas políticas, á su estética y á su arte poética, sino que penetra en sus poemas grandes y pequeños, en sus doloras y en sus humoradas, é infunde en todo ello inmortal y poderoso espíritu de vida.

¿Cuánto no me holgaría yo si acertase á desentrañar y á mostrar bien al público lo que se esconde, v. gr., en *El drama universal* ó en *El licenciado Torralba*? Jactaría yo entonces de seguir y de ser capaz de seguir los consejos y amonestaciones del Dante, cuando dice á los que tienen sanos entendimientos *gli intelletti sani*, que busquen, estudien y mediten la doctrina oculta.

*Sotto il velame degli versi strani.*

Desdichadamente, recelo yo que me ocurra con

los mencionados poemas, así como con los libros filosóficos escritos en prosa por Campoamor, parecen parecido al de la mona con la nuez verde. Y digo parecido y no idéntico, porque para gustar la interior sustancia nutritiva no hay cáscara amarga que morder primero, sino tupido envoltorio de chistes, agudezas, paradojas sutiles y desdeñosos desenfados, que marean y aturden á par que deleitan, y que nos mueven á exclamar que, aun suponiendo que Campoamor no sea un muy profundo filósofo, es fuerza reconocer que es el más divertido, amable, bondadoso y original de todos los humoristas.

Pero ¿por qué no ha de ser también un gran filósofo? ¿Por qué con la debida seriedad, método y tino, no hemos de dar cuenta de su sistema, juzgándolo y ponderándolo todo? La incredulidad y el desdén están, en esta ocasión, poco fundados, lo cual se nota mejor cuando pensamos en la admiración idólatra que nos inspiran multitud de filósofos extranjeros. ¿Por qué han de ser más atinadas y sublimes filosofías que las de Campoamor las de Schopenhauer ó Nietzsche, pongamos por caso? A mi ver, no hay otro motivo para esto que el que hay para que una figurilla diminuta, pintada en el vidrio, ó un gusarapo ó un microbio, se nos muestren, gracias á la linterna mágica ó á otro instrumento parecido, mayores que descomu-

nal gigante ó colosal megalosauro, cuando los vemos en el círculo luminoso que se proyecta en el distante muro. Yo presumo, y aun tengo por evidente, el asombro de no pocos juiciosos alemanes cuando les devolvemos, magnificados por nuestra fantasía, los nombres de algunos de sus compatriotas, en cuya glorificación emplea la fama la susodicha linterna con mejor éxito que la trompa.

Desde luego es lícito afirmar que sin imitación, sino por venturosa coincidencia, colabora Campoamor con el sabio italiano Vicente Gioberti en el descrédito y en la demolición del orgulloso monumento de la novísima filosofía, cuyo cimiento echó Descartes, cuyo piso bajo acabó de construir Condillac y en cuya más empinada acrotera brilla la estatua de Hegel. Así contribuyó á despejar y allanar el terreno donde había de resurgir la antigua escolástica del gran Doctor de Aquino, ampliada y adaptada á lo que requiere y exige nuestro siglo.

Pero veo que voy faltando á mi propósito y empezando á tratar de la filosofía de Campoamor. Me arrepiento de ello y me arredro. Baste indicar aquí que Campoamor desdeña, como Gioberti, el método psicológico y construye atrevidamente su ontología, fundándola sobre verdades y principios evidentes en su sentir, é inconcusos. De ellos deriva luego, con severa dialéctica y por encadenada

serie de teoremas, que él compara á la de los géometras, todo lo que se sabe y merece llamarse ciencia, siendo lo demás, si se prescinde de esta metafísica suya, un miserable y ruin centón de hechos, avisos y recetas. Porque hay una Idea que comprende las ideas todas, y una maravillosa Unidad de donde proceden y por quien son y por quien traen y guardan el orden y concierto que les incumbe, cuantas cosas materiales y espirituales llenan y hermean el universo. De aquí que sólo cuando alcanza á percibir dicha Idea y á ver en cierto modo dicha Unidad, y como si dijéramos, á tocarla, puede la mente de un privilegiado mortal aprender y enseñar la metafísica verdadera y saber el por qué y el cómo de lo existente y de lo posible y la trabazón armoniosa con que se enlazan cuanto es y cuanto puede ser, creando espléndida variedad en el seno de esa Unidad misma.

Lo que va expuesto, sin embargo, no se logra por inducción ó por análisis. Así lo cree Campaamor, y desechando el método analítico, se atiene al sintético y deductivo. Pero acaso, y aquí entran mis dudas, ¿llega alguien con la inteligencia á esa idea, á esa unidad primordial, desde cuya altura se descubre, se otea y se comprende todo? ¿No es más propio de nuestra naturaleza finita, más capaz de encumbrarse por la fe, por el deseo y por la voluntad, que por la razón, el alcanzar tanta ven-

tura, dado que se alcance, por un prodigioso y valiente raptó de amor? Si así es, hartó menoscabada queda la metafísica, ya que no será transmisible, y apenas será inteligible sino para quien ame.

Discretamente dijo el gran dramaturgo:

A ciencias de voluntad  
les hace el estudio agravio,  
pues Amor para ser sabio  
no va á la Universidad.

Encomendémonos, pues, al amor, si anhelamos sabiduría. Por él conseguiremos la iniciación en los misterios hasta subir al tercer grado. Desde las tinieblas profundas en que vivimos, dirijámosle aquella hermosa plegaria de otro egregio poeta:

Aclara, rompe el tenebroso arcano;  
danos tu luz por guía;  
vierte en la noche el fúlgido Oceano  
de tu perpetuo día.

Indudablemente, el amor, más que la fría reflexión dialéctica, fué el maestro de nuestro vate. Él le enseñó, no sólo su metafísica, de la que ya dije, y repito, que no debo tratar aquí, sino también el secreto hechizo que derrama en sus versos, y con el que los sazona y consigue que agraden tanto á las mujeres.

Campoamor es optimista, alegre y risueño, de puro enamorado. Es cierto que no hace caso omiso en sus composiciones, ni del mal, ni del padecimiento, ni de la culpa; pero lo dulcifica todo por ministerio y obra del amor, el cual vence al dolor y le somete y le afemina, convirtiéndole en *dolora* y haciendo así más deseable que temible á esta su vencida consorte.

Aunque parezca símil innoble, por estar tomado del arte de confitería, diré que lo agrio, lo amargo y lo punzante, suele volverse dulce y sabroso en los versos de Campoamor, como la menta en las pastillas ó bombones que llaman *diabolines*, ó como el picante jengibre, con el que en Inglaterra se condimentan confites tan estomacales.

Verdad es que muchos versos y sentencias de Campoamor, sobre todo en lo escrito por él en sus mocedades, como en *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, la nota pesimista tiene, ó parece tener, gran resonancia y brío; pero esto consiste, á lo que yo presumo, en que, siendo aquella la época del romanticismo, lo tétrico y quejumbroso se consideraba indispensable para estar de moda. Campoamor, además, muy joven entonces, ni concebía ni sentía la pasión amorosa por estilo tan etéreo y sin mácula, como más tarde, cuando ya viejo. De aquí que, como persona piadosísima, se arrepintiese de sus extravíos y pecados, hablase del Juicio

final y de la cólera divina, y exagerase los dejos amargos con que acibaran y envenenan el corazón ciertos deleites y triunfos.

La verdad es, sin embargo, que cuando el poeta se jacta ó recuerda la victoria ó la dicha, lograda por él ó por algún héroe de su invención, es, en mi sentir, mil y mil veces más elocuente y fervoroso que cuando deplora sus faltas y se inclina á la penitencia. Hay en todo ello una muy brava contienda entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la carne, que no deja de ser conmovedora.

Lo antedicho se nota más, sin duda, antes de que los años refrenasen violencias y mitigasen ardores; antes de que pasase la moda del romanticismo, y antes de que el poeta inventase su oculta y preciosa metafísica, primero sedativa, y beatificante después. Hallada la tal metafísica, dominada la rebelión y apaciguado el tumulto de los sentidos, la melencolía del poeta se pone muy suave y almibarada, y sus tristezas apenas son tristezas. Aun en los tiempos en que la interna guerra ardía más, los versos amorosos de Campoamor tienen cierto parecido con el rosal que había junto al sepulcro de Tristán y de Iseo. Los prestes le exorcizaban y le quemaban, pero el rosal retoñaba con mayor lozanía, volviendo á cubrirse de verde follaje y de purpúreas y odorantes rosas.

¿Qué florecimiento más hermoso y más grato á

las mujeres de gusto puro y delicado no habría después en este rosal, cuando Campoamor, cultivándole siempre con esmero, le podó las ramas viciosas y le hizo digno de que se complaciese y deleitase en él la propia Venus Urania?

Yo no puedo tocar aquí sino muy ligeramente este asunto, que exige un grueso volumen para ser bien tratado. Si fuera lícito comparar lo grande con lo pequeño, y lo sagrado con lo profano, me atrevería yo á sostener que, así como San Juan de la Cruz, comentando sus *Canciones*, compuso una maravillosa Teología mística, un hombre de alto y de agudo ingenio, comentando hoy los versos amorosos de Campoamor, podría componer la *Eroto-sofía* más refinada del mundo, y añadir no poco á lo expuesto ya por Platón en el *Banquete*, por León Hebreo en los *Diálogos*, por Baltasar Castiglione en *El Cortesano*, y por Cristóbal Fonseca en aquel famoso libro que, según dice Cervantes, hincha las medidas, y *en el que se cifra todo lo que (hasta entonces) el más ingenioso acertare á desear en tal materia*.

En mi fundada modestia, no sintiéndome yo capaz de empresa tan ardua, y receloso también de fatigaros, doy aquí término á este desaliñado discurso, afirmando, para su conclusión, que Campoamor, fuese ó no fuese notable filósofo, fué grande, fecundo, original y muy delicioso poeta,

y que demostró con evidencia, al serlo, la verdad de aquella sentencia de Estrabón, reproducida y aplicada luego al orador por Quintiliano: *No es posible ser buen poeta sin ser antes varón bueno*. Amabilísimo, bondadoso y excelente por todos estilos fué Campoamor, y á estas prendas morales, sin rebajar por eso las de su inteligencia y las de su imaginación, que eran muy ricas, debe el ilustre vate la popularidad de que goza y el persistente aplauso que damos á sus escritos.